

La Novela Cinematográfica

El engaño de la ilusión

por VIOLA DANA



Segunda Epoca
: Número 17 :

15 cénts.

La Novela Cinematográfica

.. TORRES, 25 (G) — BARCELONA ..

Segunda Epoca

Número 17

El engaño de la ilusión

por VIOLA DANA

Exclusiva: Levantche Film

I

El amor es la eterna novedad, es el tema secular de músicos, poetas y escritores; en él, se han inspirado las mejores y más grandes obras del arte en general.

Si estudiáramos el origen de todas las grandes concepciones, podríamos, con irrefutable aseveración, corroborar lo verídico de nuestro aserto.

El amor, como todo sentimiento, no está sujeto

La Novela Cinematográfica

.. TORRES, 25 (G) — BARCELONA ..

Segunda Epoca Número 17

El engaño de la ilusión

por VIOLA DANA

Exclusiva: Levantche Film

I

El amor es la eterna novedad, es el tema secular de músicos, poetas y escritores; en él, se han inspirado las mejores y más grandes obras del arte en general.

Si estudiáramos el origen de todas las grandes concepciones, podríamos, con irrefutable aseveración, corroborar lo verídico de nuestro aserto.

El amor, como todo sentimiento, no está sujeto

a leyes ni procedimientos, y de aquí que sus variaciones sean múltiples y sus aspectos infinitos.

En la película «El engaño de la ilusión», el aspecto de esta cuestión, aparte de estar tratado muy humanamente y con admirable delicadeza, es, por demás, interesante, y tan frecuente, que podríamos decir que se repite infinidad de veces al día.

Una vez más queda patentado cuan engañosas son las voces del corazón. Hay temperamentos ingenuos e irreflexivos que no meditan sobre el amor que creen sentir, sin pensar que brillante colorido es fruto de la imaginación y no de un sentimiento sincero.

Es frecuente, frequentísimo, en un tanto por cierto alarmante, el caso de que uno se cree intensamente enamorado, y aquel amor que se creía eterno se esfuma fácilmente dejando sólo un dulce recuerdo.

El caso de Ricardo Keith se repite todos los días.

En una apacible aldea vivía la dulce paz del hogar una joven hermosa y buena, ingenua y sensible, y de quien podía afirmarse que era una fortaleza inexpugnable para el amor. Galanes apuestos de la aldea y de pueblos vecinos seducidos por sus encantos y por su proverbial belleza habían intentado redirirla, desgranando a su oído madrigales de amor, pero Judith Sylvester no prestó jamás atención a sus solícitos requerimientos.

Su tía Aurora Baucroft, que en su juventud estuvo para casarse con Martin Chandler, un romántico tejedor de ensueños, y de cuyo noviazgo sólo le quedaban cartas de él, que conservan todavía tenue perfume de sentimentales y bellos recuerdos, empezaba a inquietarse seriamente. Su afán era ver casada a Judith para poder estar rodeada de caras

EL ENGANO DE LA ILUSION

infantiles, regordetas, alegres y juguetonas que le mirasen con cariño, pero su sobrina rechazando uno a uno los pretendientes que se le iban presentando, le hacía temer que sus bellos sueños se esfumarían, perdiéndose en la nada, como sus sueños románticos de antaño.

Un día Judith se fijó en Ricardo Keith y notó que en su corazón alentaban sentimientos para ella desconocidos, que turbaban su sosiego, y despertaban en su imaginación proyectos muy agradables. Felizmente para ella Ricardo supo leer en los ojos de la encantadora joven, y enamorado de su belleza y seducido por su atrayente simpatía, brotaron de sus labios palabras de amor, que rindieron aquella plaza inexpugnable, ganándola con gran facilidad y conquistándola en absoluto.

Desde aquel día todas las fantásticas imaginaciones de la doncella se derivaban hacia bellos pensamientos de amor.

Su tía Aurora está encantada. ¡Por fin su sobrina ha caído en las redes del amor! ¡Por fin sus grandes ilusiones se convertirán en realidades!

La feliz pareja teje todos los días su idilio, y los días se suceden en la cadena del tiempo, sin el menor contratiempo.

Tres meses faltan solamente a la feliz pareja para contraer las deseadas nupcias, y ambos con sus fantasías levantan verdaderos castillos de dicha, que andando el tiempo, creen han de ser una realidad.

Todos los días, como ocurre siempre, a los enamorados no les faltan telones ni telas ni telares

rados, se repiten las mismas frases, pero siempre les parecen nuevas:

—Te juro Judith que serás la más feliz de las mujeres. Siento por ti un amor tan noble y tan puro, que no es posible que se pueda amar con más intensidad.

—Te creo Ricardo. Leo en tus ojos la sinceridad de tu amor y sólo deseo que llegue el día feliz, que pueda ser tuya hasta la eternidad. Sé que nada ha de separarnos, porque nuestro amor es llama inextinguible.

—Sólo faltan tres meses, nena mía.

—¡Tres meses aun!

—Pasarán volando.

—¿Quién sabe qué sorpresas nos traerán?

—Muchas agradables.

—¡Ojalá!

Su dicha era sólo interrumpida por dudas aceradas de ella, y por alguna discusión tonta sobre celos pueriles e injustificados... pero eran nubecillas de verano, que no podían resistir el «calor» de aquel amor... Eran pequeños contratiempos que sufre siempre la juventud.

Frente a la casa de la señora Bancroft vivía Martín Chanler. Su antiguo novio, vencido por dolores físicos que casi lo tenían imposibilitado, y que a pesar de su enfermedad, creía que por cada hora de tinieblas, hay en la vida una hora de luz.

El pobre viejo, llamó a una sobrina suya de la ciudad, llamada Matilde Gordon para que le cuida-

ra. Ella acudió solícita a su requerimiento, siendo su alegría y el bálsamo de sus dolencias.

Ricardo Keith perdió su perro que fué a caer en manos de unos traviesos muchachos de la aldea, que lo martirizaban. Matilde pasaba casualmente por allí, y al ver los sufrimientos del animalito se lo arebató a los chicos, salvando al cautivo del suplicio que se le venía en cima, pero su buena obra le costó quedar prendida por las faldas, en los afilados listones de un rastrillo. Judith al darse cuenta de lo que pasaba a la forastera le ayudó a salir del apuro.

Ese perro lo tenían unos muchachos, ¿sabe usted de quién es? ¡Es muy lindo!

—Es de mi novio el señor Keith, yo se lo entregaré.

Este encuentro dió lugar a que Matilde y Judith, se presentaran mutuamente, marcando así los jalones de una estrecha amistad:

—Yo salvé el perro de las molestias de algunos muchachos crueles y partía hacia casa con él, cuando...

—Yo soy Judith Sylvester, y vivo con mi tía la señorita Boncroft.

—Yo soy Matilde de Gordon, sobrina del señor Chanler. Por cierto que mi tío me habla constantemente de la tía de usted.

—Me gustaría tener este perro. ¿Cree que me costaría mucho trabajo tenerlo?

—Acaso mi novio no tenga inconveniente en regálarselo a usted. Yo misma se lo pediré.

estimadas sin comprensión de suyo, no podían ser comprendidas. Aunque el libro original era la obra de un autor norteamericano, la traducción iba a ser realizada por un autor británico.



"Thinking of the future and their house
of hearts."

AWEAVER OF DREAMS

Ricardo y Judith se amaban tiernamente.

Las dos jóvenes se separaron después de saludarse afectuosamente.

Al día siguiente Judith vió a Ricardo, explicándole el incidente ocurrido el día anterior, y lo entusiasmada que Matilde quedó del animalito.

—Por cierto—le dijo Judith—que debías regalárselo.

—No sé cómo sin conocerme se ha atrevido a pedirte el perro.

—Yo misma lehecho que te lo pidiera.

—Pues mira nena, quiero mucho á este perro y no quiero desprenderme de tan valioso ejemplar, en favor de una desconocida.

Entre los dos novios ya no se habló más de Matilde ni del perro.

—Yo suspiro—le dijo él—por el día venturoso en que podamos entrar en nuestro pequeño chalet, «El Nido», con sus ventanales alegres y su tejadito bajo, hecho sin duda para aprisionar el amor.

—Nuestro amor no necesita prisión—replicó Judith—. Son nuestros corazones que se ligan voluntariamente.

—Tienes razón, nenita.

Y en la sombra apacible del jardín, punto de reunión de los prometidos, continuaron su idilio.

Judith, deseosa de complacer a su nueva amiga pidió de nuevo a Ricardo que le regalara el perrito.

—Imposible. Comprende que no puedo regalarlo porque sí. Esta joven es una recién llegada de la ciudad, caprichosa, que se figura que todos nos hemos de amoldar a sus deseos,

—No lo creas. Es muy buena.

Matilde que sentía una verdadera simpatía por su nueva amiga, fué a visitarla, y Ricardo entusiasmado del sencillo trato de la amiga de su novia, de su gran simpatía y de su rostro verdaderamente angelical, le regaló el perro, diciéndole:

—Por cierto que sabiendo su deseo ya me había apresurado a decirle a Judith que podía quedarse con el perro. ¡Tengo una gran colección de la misma casta!

Cuando los novios quedaron solos, Judith, le preguntó:

—Pero, ¿no dijiste que era un ejemplar raro y valioso?

—Verdaderamente. No acabo de explicarme por qué di el perro a tu amiga.

—En parte para agradarme a mí; en parte también, para agradarla a ella... y quizás, en su mayor parte, para sacrificar tu propia vanidad.

—Será por lo primero.

—No lo creas. Ha sido por las tres razones que te he dicho.

Queriendo Matilde testimoniar su reconocimiento a los novios, por la buena acogida que le dispensaron bordó un primoroso cojín para regalárselo el día de la boda. En las pesadas horas del trabajo, al par que la punta de la aguja, bosquejaba flores y adornos, Matilde, inconscientemente forjaba ilusiones y venturas... ilusiones que en breve disfrutarían sus amigos.

... que el amor es el amor de los
que al amar crean su amor y gozan
de la felicidad de los demás. Los
que no aman crean su amor y gozan
de la felicidad de los demás. Los
que aman crean su amor y gozan
de la felicidad de los demás. Los
que no aman crean su amor y gozan
de la felicidad de los demás.

II

En la hoguera que enciende el amor, cada asta
que se disgrega, es luego pavesa muriente que deja
huellas de desilusión en los corazones.

A veces una tenue ráfaga de viento es preludio
de una gran tempestad.

En materia de amor una mirada sospechosa, un
simple gesto, o una palabra baladí son materia su-
ficiente para truncar una felicidad.

En casa de Judith aparecieron unas preciosas me-
dias de seda, que despertaron inquietudes y recelos.

—Estas medias serán de Ricardo. Aquí no ha ve-
nido nadie sino él.

—Será algún regalo que quiere hacerte —le dijo
su tía.

—Por qué se olvidó de dármelas?
—Un olvido cualquiera lo tiene.

—No necesito más explicaciones y si te entiendo
me basta que me digas que eres mi hija.

—De besos de mi tío Me pides
que con paciencia



Pronto viviremos felices en nuestro nido de amor

Mientras tía y sobrina sostenían este diálogo entró Matilde, con un libro que entregó a la señora Bancroft.

—De parte de mi tío. Me ha recomendado que lo lea con detención.

Judith renovó la conversación:

—Por el bordado de ellas hay que decir que es un delicado regalo de novio. De cualquier modo, yo le dare las gracias esta noche.

Dirigiéndose a Matilde, añadió:

—Mi tía está hondamente intrigada por causa de un par de medias que no se sabe de donde han venido, a no ser que llovieran del cielo.

—¿Unas medias azul pálido? —preguntó Matilde.

—Sí, son de color del cielo, con pajaritos bordados.

—Son mías. Las compré junto con Ricardo. Sin duda por alguna distracción las habrá traído aquí, y nada le he dicho.

Aquella reserva de Ricardo delatadora de una conducta poco sincera, invadió de mal disimulada inquietud el espíritu de Judith.

Cuando Matilde salió, la señora Bancroft dijo a su sobrina:

—Te voy a contar una historia.

—¡Déjeme tranquila!

—...Cuenta la historia que una vez vino al mundo un hombre destinado a guardar devoción eterna a una mujer... pero aquel hombre privilegiado ya no existe. Murió tan pronto tuvo uso de razón.

—Usted tía, no acusará a Ricardo.

—Yo no acuso a nadie. Me limito a contarte una historia.

—¿Pero?...

—Hija mía, él no es mejor ni peor que los otros.

III

A Judit le gustaba ir al nido a la puesta del sol, hora romántica en la cual, a solas con su fantasía, imaginaba cómo serían los días de paz y de amor que le aguardaban. Allí, a solas con sus pensamientos, acariciaba venturas insospechadas.

Ricardo también fué aquella tarde a ver su nido, pero llegó cuando su novia había ya salido. Pensando estaba en su próxima boda, cuando llamaron.

Al ver a Matilde, exclamó con alegría:

—¡Usted aquí Matilde!

—He venido a traerles un regalito. Judith me dijo que a estas horas estaba siempre aquí, y deseaba ver su nido.

—Ha salido ya.

—¡Qué lástima! Ya volveré otro día.

—¡Oh, Matilde! No se vaya. Ya que la feliz ca-

sualidad nos ha proporcionado este encuentro, quédese. Yo le enseñaré el nido.

—Bueno. Acepto su ofrecimiento.

Y Matilde entró confiada.

Ricardo empezó a enseñarle el chalet, pero sin darse cuenta empezó a hablarle de amor.

Matilde le escuchaba con atención.

Después el joven empezó a elogiarla con gran entusiasmo.

Matilde extrañada, pensó en la ligeerza de los hombres, y en el fondo de su alma, compadeció a su pobre amiga.

—Es usted encantadora, sugestiva, divina...

—¡Calle usted, por Dios!

—Sus ojos miran con una expresión dulce y penetrante. Sus labios...

—¡Por Dios, calle!

—Sus labios finos y delicados, parecen dibujados con carmín en una estatua de mármol.

Matilde emocionada, no acertaba a decir nada. ¿Qué pasaba por su alma? Traicionaba a su amiga y no acertaba a marcharse.

Ricardo dominado por la gran simpatía que sentía por la joven, exclamó:

—¡Mi querida Matilde!... ¡Yo amo a usted!

—¡Qué locura, Ricardo, qué locura!

—No es locura. Es amor.

—Y Judith...

—Hablmos de nosotros.

Matilde reflexionó y abandonó el chalet, diciendo:

—¡Qué loco es usted, Ricardo!

La dulce — Ricardo RICHTER



Viola Dana, genial artista que interpretó magistralmente el papel de Judith.

Tony solo es Tony Richter

IV

Una lucha íntima entre su promesa y sus deseos riñen batalla en el corazón de Ricardo, pero es caballero y ha dado su palabra.

Judith con muda aflicción busca consuelo a su desengaño en el acogedor refugio del hogar, y todos sus sentimientos fueron absorbidos por la magnitud de un dolor inexplicable.

Ricardo apenado escribió a Matilde:

Seforita:

Usted y yo no debemos vernos más. Le pido perdón humildemente por mi inexcusable ofensa. Cada chispa de desencanto me impele a cumplir como hombre de palabra, la fe que le ha prometido a Judith, procurando que ella no sepa nada.

Adiós Matilde.

Le quiere.—Ricardo KEITH.

Judith con altivez y vanidad, procura disfrazar los dolores acerbos de su maltratado corazón.

Ricardo vuelve hacia Judith, que ha buscado lenitivo a sus penas en la música, y mientras ella quiere olvidar al perjurio tocando el vals «El Destino» Ricardo le pidió perdón por su ligereza.

Su novia no deseaba otra cosa... y perdonó.

—Cómo está nuestra casita?—preguntó él.

—No he vuelto desde el día que encontraste allí a Matilde Gordon.

—Yo no tengo esperanza de conseguir que tú me comprendas...

—No es fácil.

—Sin embargo voy a intentarlo. Mira, Judith, algún influjo maléfico, ageno a mi conciencia, me movió aquel día a obrar con lamentable insensatez.

Calló un momento.

De nuevo siguió:

—Yo hubiera venido a confesarte mi culpa, pero no era oportuno ni piadoso...

Judith perdonó de corazón a su novio, y de nuevo la felicidad se reflejó en su semblante.

Ricardo le habló del chalet, de su próximo nido, de su amor...

La fatalidad se interpuso entre ambos.

Durante la conversación Ricardo, sin darse cuenta habló varias veces de Matilde.

—Hablas siempre de Matilde—le preguntó su novia.

—Te juro que es sin darme cuenta.

—Peor que peor.

—Por qué?

—Tu dirás.

—No veo en ello nada de particular. No comprendes Matilde...

Al darse cuenta que se había confundido de nombre, replicó vivamente:

—Digo Judith.

Judith palideció.

Durante unos minutos los dos callaron.

Por fin Judith rompió el silencio:

—Es preciso Ricardo, que hablemos seriamente.

—Yo te hablo con seriedad.

—Es forzoso que digas la verdad.

—Pero mujer...

—Mira Ricardo, por doloroso que para mí sea te exijo, comprendes—dijo con energía—que me digas la verdad, de lo que te preguntaré.

—Te diré la verdad.

—¡Me lo juras?

—Te lo prometo.

—Pues bien: ¡Amas a Matilde?

—Judith te he prometido que te diría la verdad y cumple mi palabra: Amo a Matilde.

—Está bien. Me lo figuraba.

Judith estaba pálida y llorosa.

La situación era difícil y dolorosa.

Ricardo quiso salir del apuro diciendo:

—¡Para qué torturarte con el recuerdo de cosas pasadas e irremediables?

—¡Pasadas, dices?

—Claro, mujer.



Es inútil que insistas. Hemos acabado para siempre.

—Y acabas de confesarme que la quieres.

—Sí, pero también te quiero a ti, y como hombre de conciencia, te juro que me casaré contigo, y que la olvidaré.

—Lo que no me pertenece en absoluto no lo quiero.

—Pero...?

—No insistas.

—Comprende...

—Es todo inútil.

—Cálmate, mujer. Los nervios te dominan y no quieres comprender que te he sido sincero.

—No es posible amar a dos.

—En ciertos momentos sí. Después un amor borra al otro. Y el nuestro borrará aquel.

—Basta. No puedo oirte.

—No seas impulsiva.

—Es inútil. Es preciso que rompamos.

—No puede ser. Si te casas conmigo, serás feliz.

—No insistas. Para mí todo ha acabado.

—Qué dirá tu tía, y toda la gente?

—Que digan lo que quieran. Hemos terminado.

Judith dijo estas palabras en tono agrio y decidido.

—Está bien, ya que lo quieres. ¡Adiós!

Cuando Ricardo se fué, Judith quedó asombrada. No esperaba que se fuera, pero al verle marchar sin titubeos, quedó petrificada. Quiso llamarle, pero no pudo, por fin le llamó:

—¡Ricardo! ¡Ricardo, vuelve!

Pero él no la oyó.

Judith rompió a llorar, exclamando:

—¡El se ha ido!... ¡Ahora sí que lo he perdido para siempre!

Ante Judith se presenta la realidad inexorable, cruel; la realidad de su ilusión rota, de su primer desengaño...

Los brazos piadosos de su tía acogen a la desventurada Judith. La señora Bancroft, mujer también, y como tal, guardadora de algunas espinas de las fragantes rosas de amor, le cuenta una historia, la historia triste de su vida que quedó desechar en un juramento que nunca se cumplió. En su juventud sostuvo relaciones amorosas con Martín Chanler, hombre soñador y amante que había jurado hacerla su esposa.

Ella fué la única ilusión de su vida, la que Dios le destinaba para esposa, pero la fatalidad, privándole de salud prematuramente, a su novio, se opuso cruel a su ventura.

Entonces—añadió—renuncié a todo nuevo amor, convencida de que no era posible amar dos veces, y sacrificué mi juventud, y mi vida entera a aquel amor desgraciado. Hoy me arrepiento, y tú no te dejes engañar por la ilusión. Vuelve con Ricardo y olvida lo pasado. Si lo haces así aun puedes ser feliz.

—¿Crees tía que volverá?

—Seguramente.

—Sé ha ido muy serio.

—Esto es frecuente entre enamorados.

—¿Piensas que realmente él mantendrá su promesa y no dirá nada a ella?

—Mi propia vida ha sido tan amarga, que por eso
dudo de que algún hombre estuviera jamás enamorado con absoluta fidelidad de una mujer.

Han pasado unos días. Judith por amor propio no ha llamado a Ricardo, y éste considerándose desligado de todo compromiso fué a ver a Matilde, y después de contarle todo lo sucedido, le dijo:

—Cuando le dije que la amaba le dije la verdad.
Hoy la amo aun más que antes si ello es posible.

—¿Le ha contado usted algo a Judith?

—Desde luego.

—¿Y qué ha dicho?

—Para qué hablar de ella. Es de nuestro amor de lo que hemos de hablar.

—He faltado sin duda a deberes de amistad. Pero, ¿acaso merezco reproche?

—No. Ella me ha dejado en absoluta libertad y sabe que la amo a usted con delirio.

—En este caso...

—¿Quiere casarse conmigo?

—Yo...

—¿Qué?

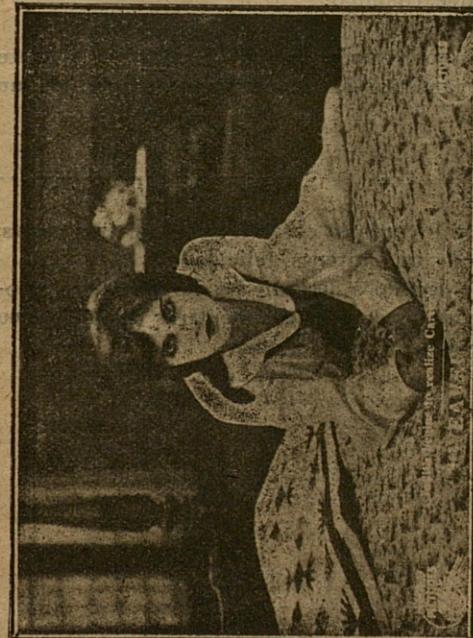
—No me atrevo.

—¿No me ama?

—Sí y desde el primer día que le conocí, pero me da reparo pensar lo que dirá Judith.

—Nada malo. Sabe bien que si hay un culpable

ella ofrecio amistad le acordare como mi T. yo vos
nunca en tu vida
nunca haces esto. Sólo con tu amistad te
estoy bien, con tu amistad te
estoy bien.



Judith se decidió a destruir las cartas de sus amores

soy yo. Y mi culpa desaparece al haberme dejado ella en libertad de acción.

—Usted tampoco tiene culpa. Es usted libre.

—Pues bien. Ya que somos libres los dos, ¿quiere usted casarse conmigo?

—Sí.

Un beso espontáneo y apasionado selló el naciente amor y triunfante en el perfume delicado de un beso.

Matilde y Ricardo se casaron antes de tres meses, y gozaron de una intensa felicidad.

Judith se decidió a destruir las cartas de sus amores, encubridoras de poéticas mentiras decidida a no escuchar más la sirena del amor.

Consultorio Jurídico

DEL

Dr. Ricardo Esmandia Bayer

Especialidad en asuntos de quintas
Consultas por escrito enviando 10 pesetas en sellos

Ronda Universidad, 11, pnal. Barcelona

NINOS

Vamos a publicar

Los Tres Mosqueteros

Veinte años después

en cuadernos de
10 céntimos, con
ilustraciones cine-
matográficas

Compendio Histórico

Dr. Enrique Espinosa Basal

Conyugales, heredades, sucesiones y demás en seílos
descubiertos en los siglos XIX y XX.

Reseña histórica y legal de las

1855 DEC